

PRIMERA PARTE

La quiebra espiritual y religiosa

«Pero cuando venga el Hijo del Hombre,
¿encontrará fe sobre la tierra?».

(Lc 18, 8)

1

LA CRISIS DE LA FE

NICOLAS DIAT: ¿Cree usted que nuestra época está viviendo una crisis de fe?

CARDENAL ROBERT SARAH: Permítame que le responda con una analogía. Creo que la actitud del mundo moderno es el reflejo de la cobardía de san Pedro durante la Pasión tal y como aparece descrita en el evangelio. Acaban de arrestar a Jesús. Pedro, que lo ha seguido de lejos, entra en el palacio del sumo sacerdote, sufriendo sin duda una honda conmoción. «Cuando Pedro se encontraba abajo, en el atrio, llegó una de las criadas del sumo sacerdote y, al ver a Pedro que se estaba calentando, le miró y le dijo: “Tú también estabas con Jesús, ese Nazareno”. Pero él lo negó: “Ni lo conozco, ni sé de qué me hablas”. Y salió fuera, al vestíbulo de la casa, y cantó un gallo. Y al verle la criada empezó a decirles otra vez a los que estaban alrededor: “Este es de los suyos”. Pero él lo volvía a negar. Un poco después, los que estaban allí le decían a Pedro: “Desde luego eres de ellos, porque también tú eres galileo”.

Pero él comenzó a lanzar imprecaciones y a jurar: “¡No conozco a ese hombre del que habláis!” (Mc 14, 66-71)».

El mundo moderno, igual que Pedro, ha renegado de Cristo. El hombre contemporáneo ha tenido miedo de Dios, miedo de hacerse discípulo suyo. Ha dicho: «No quiero conocer a Dios». Ha temido la mirada de los demás. Le han preguntado si conocía a Cristo y ha contestado: «No conozco a ese hombre». Ha sentido vergüenza de sí mismo y ha jurado: «¿Dios? ¡No sé quién es!». Hemos querido brillar ante los ojos del mundo y por tres veces hemos renegado de nuestro Dios. Hemos afirmado: no estoy seguro de Él, ni de los evangelios, ni de los dogmas, ni de la moral cristiana. Nos hemos avergonzado de los santos y de los mártires; Dios, su Iglesia y su liturgia nos han causado rubor; nos hemos echado a temblar ante el mundo y sus servidores. Pedro acababa de traicionar a Jesús cuando Él lo miró. ¡Cuánto amor y cuánta misericordia en esa mirada! Y, al mismo tiempo, ¡cuántos reproches y cuánta justicia! Pedro lloró amargamente. Supo pedir perdón.

¿Nos atreveremos a cruzar nuestra mirada con la de Cristo? Creo que el mundo moderno la rehúye: tiene miedo. No quiere ver su imagen reflejada en esos ojos tan tiernos de Jesús. Se repliega. Pero, si se niega a dejarse mirar, acabará desesperado, como Judas. Esa es la esencia de la crisis contemporánea de la fe. No queremos mirar a Aquel a quien hemos crucificado. Y corremos hacia el suicidio. Este libro es una llamada al mundo moderno a atreverse a cruzar su mirada con la de Dios y ser capaz por fin de llorar.

¿Cómo se puede definir la fe? ¿Qué es creer?

Esas son dos preguntas que deberían rondarnos de continuo. Para evitar vivir en la periferia de nosotros mismos, en la

superficialidad, la rutina o la indiferencia, hemos de preguntarnos por el sentido de nuestras creencias. Algunas de las realidades que vivimos, como el amor o la experiencia de la intimidad interior con Dios, son difíciles de definir. Son realidades que invaden y se apoderan de toda la existencia, la trastornan y la transforman desde dentro. Puestos a intentar balbucear algo acerca de la fe, yo diría que, para el cristiano, la fe es una confianza total y absoluta del hombre en un Dios con el que ha tenido un encuentro personal. Algunos se declaran no creyentes, ateos o agnósticos. Según ellos, el espíritu humano está sumido en una ignorancia absoluta acerca de la naturaleza íntima, el origen y el destino de las cosas. Son personas profundamente desgraciadas. Son como ríos inmensos privados de cualquier fuente que alimente su vida. Son como árboles inexorablemente cortados de raíz y condenados a morir. Antes o después, se secan y mueren. Los hombres sin fe son como quienes no tienen ni un padre ni una madre que los engendren y renueven su percepción de su propio misterio. Mientras que la fe es una auténtica madre. En las *Actas de los mártires* el prefecto romano Rústico pregunta al cristiano Hiérax: «¿Dónde están tus padres?». Y este le responde: «Nuestro verdadero padre es Cristo y nuestra madre es la fe en Él». Es una inmensa desgracia no creer en Dios y no tener madre.

Afortunadamente, hay muchos hombres y mujeres que se declaran creyentes. Son numerosos los pueblos que atribuyen una importancia decisiva a la fe en un ser trascendente. Algunos tienen sus propios dioses, que muchas veces se hacen presentes bajo la forma de unas fuerzas más o menos personificadas que dominan a los hombres. Inspiran pánico y temor, miedo y angustia. De ahí la tentación de la magia y de la idolatría. Se supone que exigen sacrificios sangrientos con que ganarse su benevolencia o aplacar su cólera.

En la historia de la humanidad hay un hombre, Abrahán, que supo dar un vuelco radical al descubrir la fe como una relación de naturaleza personal con un Dios único. Esa relación se inició con una confianza incondicional en la palabra de Dios. Abrahán escucha unas palabras y una llamada; y obedece al instante. Se le pide de un modo categórico y radical que deje su país, su familia y la casa de su padre para marchar «a la tierra que yo te mostraré» (Gn 12, 1).

La fe es, por lo tanto, un «sí» a Dios. Exige al hombre que deje a sus dioses, su cultura, todas las certezas y las riquezas humanas para adentrarse en la tierra, en la cultura y en el patrimonio de Dios. La fe consiste en dejarse guiar por Dios, que se convierte en nuestra única riqueza, nuestro presente y nuestro futuro. Se convierte en nuestra fuerza, nuestro sostén, nuestra seguridad, la roca inquebrantable sobre la que podemos apoyarnos. La fe se vive construyendo la casa de nuestra vida sobre la roca que es Dios (Mt 7, 24). Por eso Dios puede decir al hombre: «Si no os afirmáis en mí —es decir, si no creéis—, no seréis firmes» (Is 7, 9).

La fe de Abrahán se desarrolla, arraiga y se fortalece en una alianza interpersonal compuesta de vínculos indestructibles con su Dios. La fe implica y exige fidelidad. Una fidelidad en la que se traduce y expresa el compromiso inquebrantable de aferrarnos solo a Dios. La fidelidad es antes de nada la de un Dios siempre fiel a sus promesas, que no abandona jamás a los que le buscan (Sal 9, 11): «Pactaré con ellos una alianza eterna, por la que no cesaré de seguir haciéndoles el bien, y pondré en sus corazones mi temor para que no se aparten de Mí» (Jr 32, 40; Is 61, 8; Is 55, 3).

La fe es contagiosa. Y, si no, es que se ha vuelto insulsa. La fe es como el sol: hace brillar, ilumina, irradia y da calor a todo lo que gravita a su alrededor. Gracias a la fuerza de su fe,

Abrahán arrastra a toda su familia y a su descendencia a una relación personal con Dios. No cabe duda de que la fe es un acto íntimamente personal, pero también hay que profesarla y vivirla en la familia, en la Iglesia, en la comunión eclesial. Mi fe es la de la Iglesia. Por eso Dios se llama a sí mismo el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob (*Ex 3, 6*), el Dios de los padres del pueblo de Israel.

La fe es esencialmente una sólida relación entre Dios y su pueblo Israel. Al principio es Dios quien toma plenamente la iniciativa. Pero el hombre debe responder a esa iniciativa divina con la fe. La fe es siempre una respuesta de amor a una iniciativa de amor y de Alianza.

La fe se acrecienta con una intensa vida de piedad y de silencio contemplativo. Se alimenta y se consolida en un cara a cara diario con Dios y en una actitud de adoración y de contemplación silenciosa. Se confiesa en el Credo, se celebra en la liturgia, se vive en la práctica de los mandamientos. Crece gracias a una vida hacia adentro de adoración y oración. La fe se alimenta de la liturgia, de la doctrina católica y del conjunto de la tradición de la Iglesia. Sus principales fuentes son la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia y el magisterio.

Por arduo y difícil que sea conocer a Dios y establecer con Él una relación personal e íntima, siempre podemos verlo, escucharlo, tocarlo y contemplarlo en su palabra y en sus sacramentos. Abriéndonos sinceramente a la verdad y a la belleza de la creación, pero también gracias a nuestra capacidad de percibir el significado del bien moral, a la escucha de la voz de nuestra conciencia —porque dentro de nosotros llevamos ese deseo y esa aspiración a una vida infinita—, generamos las condiciones adecuadas para entrar en contacto con Dios: «Pregunta a la hermosura de la tierra», dice san Agustín, «pregunta a la hermosura del mar, pregunta a la hermosura del aire dilatado y difuso,

pregunta a la hermosura del cielo [...]. Pregúntales. Todos te responderán: “Contempla nuestra belleza”. Su hermosura es su confesión. ¿Quién hizo estas cosas bellas, aunque mudables, sino la belleza inmutable?» (Serm. 241, 2).

A ojos de muchos contemporáneos nuestros, la fe fue luz suficiente para las sociedades del pasado. Pero en nuestros tiempos modernos, en la era de la ciencia y la tecnología, es una luz ilusoria que impide al hombre cultivar la audacia del saber. Es incluso un freno a su libertad y fomenta en el hombre la ignorancia y el temor.

El papa Francisco ofrece una brillante respuesta a esta mentalidad contemporánea: «La característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo [...]. Nos damos cuenta, por tanto, de que la fe no habita en la oscuridad, sino que es luz en nuestras tinieblas». Un hombre privado de la luz de la fe es igual que un huérfano; o —como hemos dicho antes— alguien que no ha llegado nunca a conocer ni a su padre ni a su madre. Para los primeros cristianos la fe, en tanto encuentro con el Dios vivo manifestado en Cristo, era una «madre», porque los daba a luz, engendraba en ellos la vida divina, una nueva experiencia, una visión luminosa de la

existencia por la que estaban dispuestos a dar testimonio público hasta entregar su sangre, hasta la muerte.

Aun así, conviene recalcar con la insistencia que ello exige que la fe está inseparablemente ligada a la conversión. Es una ruptura con nuestra vida de pecado, con los ídolos y con todos los «becerros de oro» que cada uno nos fabricamos, para volvernos hacia el Dios vivo y verdadero, a través de un encuentro que nos derribe del caballo y nos dé un revolcón. El encuentro con Dios es a un tiempo aterrador y apaciguador. Creer significa confiarse a Dios y a su amor misericordioso: un amor que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia y muestra su poderosa capacidad de enderezar las deformaciones de nuestra historia. La fe consiste en la disposición a dejarse volver a transformar siempre por la llamada de Dios, que nos repite de continuo: «Convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, con llanto y con lamento. Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos. Convertíos al Señor, vuestro Dios, porque es clemente y compasivo» (Jl 2, 12-13). Pero nuestra vuelta al Señor, nuestra auténtica conversión a una nueva Alianza con Él a través de una respuesta de amor, deben darse en la verdad y de un modo concreto, y no solo de forma teórica o mediante sutilezas teológicas o canónicas. No somos muy distintos del Pueblo de la Primera Alianza. El pueblo de Israel, golpeado a menudo por la mano de Dios a causa de sus adulterios y sus infidelidades, creyó poder encontrar su regreso a la gracia y su liberación mediante una penitencia sin mañana y sin raíces profundas. Los profetas manifiestan un enérgico rechazo a esta penitencia superficial, sentimental, desprovista de una auténtica ruptura con su pecado, de la renuncia sincera a su situación de pecado y a los ídolos que se han apoderado de su corazón. Solo un arrepentimiento nacido de lo más hondo del corazón puede obtener el perdón y la misericordia de Dios.

La fe es también y ante todo una realidad eclesial. Es Dios quien nos da la fe a través de nuestra santa madre Iglesia. La fe de cada uno de nosotros se inserta en la de la comunidad, en el «nosotros» eclesial. «La luz de la fe es una luz encarnada, que procede de la vida luminosa de Jesús. La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos» (*Lumen fidei*, n. 37).

Es imposible creer solo, igual que es imposible nacer o engendrarse a uno mismo. La fe no es solamente una decisión individual que toma el creyente interiormente, ni una relación aislada entre el yo del que cree y el Tú divino, entre el sujeto autónomo y Dios. Hoy en día hay quienes desearían reducir la fe a una experiencia subjetiva y privada. No obstante, la fe acontece siempre dentro de la comunidad de la Iglesia, porque es ahí donde Dios se revela en plenitud y se deja encontrar tal y como es realmente.

En su diálogo con los sacerdotes, del 10 de junio de 2010, Benedicto XVI afirma: «No existe una mayoría contra la mayoría de los santos: la verdadera mayoría son los santos en la Iglesia y debemos orientarnos hacia los santos». ¿En qué sentido adquiere hoy en día una resonancia particular esta prioridad concedida a la santidad?

A algunos les gustaría que la Iglesia se transformara según el modelo de las democracias modernas, confiando el gobierno a

la mayoría. Pero eso equivaldría a hacer de la Iglesia una sociedad humana, y no la familia fundada por Dios.

En la historia de la Iglesia es ese «pequeño resto» el que ha salvado la fe. Unos cuantos creyentes que han permanecido fieles a Dios y a su alianza. Son la cepa que renace siempre para que el árbol no muera. Siempre subsistirá, aun estando desvalido, un pequeño rebaño, un modelo para la Iglesia y el mundo. Los santos han encontrado a Dios. Son hombres y mujeres que han encontrado lo esencial. Son la piedra angular de la humanidad. La tierra renace y se renueva gracias a los santos y a su vínculo inquebrantable con Dios y con los hombres, a quienes desean arrastrar hacia la salvación eterna.

Ningún esfuerzo humano, por inteligente o desinteresado que sea, es capaz de transformar a un alma y de darle la vida de Cristo. Solo la gracia y la cruz de Jesús pueden salvar y santificar a las almas y hacer que crezca la Iglesia. Multiplicar los esfuerzos humanos, creer que los métodos y las estrategias poseen eficacia en sí mismos, supondrá siempre una pérdida de tiempo. Solo Cristo puede conceder su vida a las almas; y la da en la medida en que vive en nosotros y se ha adueñado enteramente de nosotros. Eso es lo que ocurre con los santos. En toda su vida, en todas sus obras, en todos sus deseos habita Jesús. La medida del valor apostólico del apóstol reside únicamente en su santidad y en la solidez de su vida de oración.

Todos los días contemplamos un volumen inaudito de trabajo, de tiempo, de esfuerzos invertidos con entusiasmo y generosidad que no obtienen resultado. Y, sin embargo, toda la historia de la Iglesia demuestra que basta un santo para transformar a millares de almas. Fijémonos, por ejemplo, en el cura de Ars. Sin hacer otra cosa que ser santo y pasar horas delante del sagrario, atrajo a multitud de personas de todas las regiones del mundo hasta una aldea desconocida. Lo único que hizo santa

Teresa del Niño Jesús, que murió de tuberculosis después de pasar unos años en un Carmelo de provincias, fue ser santa y amar solamente a Dios, y aun así transformó millones de almas. El principal afán de cualquier discípulo de Jesús debe ser la santificación. La prioridad de su vida tiene que ser la oración, la contemplación silenciosa y la Eucaristía, sin las cuales todo lo demás no sería más que un ajetreo inútil. Los santos aman y viven en la verdad y su afán es guiar a los pecadores a la verdad de Cristo. No son capaces de silenciar esa verdad ni de mostrar la más mínima indulgencia hacia el pecado y el error. El amor a los pecadores y a quienes persisten en el error exige que combatamos sin piedad sus pecados y sus errores.

Muchas veces los santos pasan ocultos a ojos de sus contemporáneos. ¿Cuántos santos hay en los monasterios que el mundo jamás conocerá?

Me duele que tantos obispos y sacerdotes descuiden su misión fundamental, que es su propia santificación y el anuncio del Evangelio de Jesús, para dedicarse a cuestiones sociopolíticas como el medioambiente, las migraciones y los sin techo. Ocuparse de todos estos debates es un compromiso loable. Pero, si descuidan la evangelización y su propia santificación, se agitan en vano. La Iglesia no es una democracia en la que una mayoría acaba haciéndose con el control de las decisiones. La Iglesia es el pueblo de los santos. En el Antiguo Testamento un pequeño pueblo constantemente perseguido renueva una y otra vez la sagrada Alianza a través de la santidad de su existencia diaria. Los cristianos de la Iglesia primitiva se llamaban «los santos» porque toda su vida estaba impregnada de la presencia de Cristo y de la luz de su Evangelio. Eran minoritarios, pero transformaron el mundo. Cristo nunca prometió a sus fieles que serían mayoritarios.

Pese a todos sus esfuerzos misioneros, la Iglesia jamás ha dominado el mundo.

Y es que la misión de la Iglesia es una misión de amor, y el amor no es dominante. El amor está ahí para servir y para morir, para que los hombres tengan vida, y una vida abundante. Juan Pablo II decía con toda la razón que no estamos más que en los inicios de la evangelización.

La fuerza del cristiano nace de su relación con Dios. Los cristianos deben encarnar en ellos la santidad de Dios y revestirse de las armas de la luz (*Rm* 13, 12), «ceñidos en la cintura con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para proclamar el Evangelio de la paz, tomando en todo momento el escudo de la fe» (*Ef* 6, 14-16). Esta armadura constituye un sólido equipamiento para la batalla de los santos: la de la oración, que es una lucha: «Os suplico, hermanos», escribe san Pablo a los romanos, «por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que luchéis juntamente conmigo rogando a Dios por mí» (*Rm* 15, 30). «Os saluda Epatras, compatriota vuestro, siervo de Cristo Jesús, y que siempre se afana por vosotros en sus oraciones, para que os mantengáis perfectos cumpliendo todo lo que Dios quiere» (*Col* 4, 12).

El libro del Génesis narra una escena misteriosa: el combate físico entre Jacob y Dios. Para nosotros, Jacob, que se atreve a pelear con Dios, es motivo de asombro. El combate dura toda la noche. Al principio es Jacob quien parece salir victorioso, pero en el curso de la pelea su misterioso adversario lo golpea en la articulación de la cadera y se la disloca. Jacob conservará siempre la herida de esa batalla nocturna y se convertirá desde entonces en el epónimo del pueblo de Dios: «Ya no te llamarás más Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con hombres, y has podido» (*Gn* 32, 29). Sin revelarle su nombre, Dios bendice a Jacob y le asigna un nuevo nombre. Esta escena

ha pasado a ser la imagen del combate espiritual y de la eficacia de la oración. En la noche, en el silencio y la soledad, luchamos con Dios en la oración.

Los santos son hombres que luchan con Dios toda la noche, hasta que amanece. Esa lucha nos engrandece, nos hace alcanzar nuestra verdadera estatura de hombres y de hijos de Dios, porque «el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo [...] en él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha en su presencia, por el amor» (Ef 1, 3-4).

Dios nos ha elegido para que le adoremos y el hombre no quiere arrodillarse. La adoración consiste en ponerse ante Dios con una actitud de humildad y de amor. No se trata de una acción puramente ritual, sino de un gesto de reconocimiento de la majestad divina que expresa una gratitud filial. No deberíamos pedir nada. Vivir en el agradecimiento es algo fundamental.

Según Joseph Ratzinger —después Benedicto XVI—, la crisis de la Iglesia es en esencia una crisis de fe.

En un discurso dirigido a la curia el 22 de diciembre de 2011, Benedicto XVI planteaba que «el núcleo de la crisis de la Iglesia en Europa es la crisis de fe. Si no encontramos una respuesta para ella [...], todas las demás reformas serán ineficaces». La «crisis de fe» a la que se refiere Joseph Ratzinger no se debe entender en primer término como un problema intelectual o teológico en el sentido académico de la palabra. Se trata de una «fe viva», una fe que impregna y transforma la vida. «Si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo», continuaba Benedicto XVI ese mismo día, «todas las demás reformas serán ineficaces». Esta pérdida del sentido de la fe es la raíz más honda de la crisis de la civilización que estamos viviendo. Hoy en día, igual que en los primeros siglos del cristianismo en los

que el Imperio Romano se estaba derrumbando, todas las instituciones humanas parecen en declive. Las relaciones humanas, sean políticas, sociales, económicas o culturales, se han vuelto complicadas. La pérdida del sentido de Dios ha socavado los cimientos de toda civilización humana y abierto las puertas a la barbarie totalitaria.

Benedicto XVI explicó esta idea de manera impecable durante su catequesis del 14 de noviembre de 2012: «El hombre separado de Dios se reduce a una sola dimensión, la dimensión horizontal, y precisamente este reduccionismo es una de las causas fundamentales de los totalitarismos que en el siglo pasado han tenido consecuencias trágicas, así como de la crisis de valores que vemos en la realidad actual. Ofuscando la referencia a Dios, se ha oscurecido también el horizonte ético, para dejar espacio al relativismo y a una concepción ambigua de la libertad que, en lugar de ser liberadora, acaba vinculando al hombre a ídolos. Las tentaciones que Jesús afrontó en el desierto antes de su misión pública representan bien a esos «ídolos» que seducen al hombre cuando no va más allá de sí mismo. Si Dios pierde la centralidad, el hombre pierde su sitio justo, ya no encuentra su ubicación en la creación, en las relaciones con los demás».

Me gustaría insistir en esta idea. El hecho de negar a Dios la posibilidad de irrumpir en todos los aspectos de la vida humana acaba condenando al hombre a la soledad. Entonces no es más que un individuo aislado, sin origen ni destino. Está condenado a errar por el mundo como un nómada salvaje que ignora que es hijo y heredero de un Padre que le ha creado por amor y que le llama a participar de su felicidad eterna. Creer que Dios viene a limitar y a frustrar nuestra libertad es un grave error. Al contrario: Dios viene a liberarnos de la soledad y a dotar de sentido a nuestra libertad. El hombre moderno se ha hecho a sí mismo

prisionero de una razón tan autónoma que lo ha transformado en alguien solitario y autista. «En la revelación de Dios, Él, el Viviente y Verdadero, irrumpe en nuestro mundo y abre también la cárcel de nuestras teorías, con cuyas rejas nos queremos proteger contra esa venida de Dios a nuestras vidas [...]. La indigencia de la filosofía, la indigencia a la que la paralizada razón positivista se ha conducido a sí misma, se ha convertido en indigencia de nuestra fe. La fe no puede liberarse si la razón misma no se abre de nuevo. Si la puerta del conocimiento metafísico permanece cerrada, si los límites del conocimiento humano fijados por Kant son infranqueables, la fe está llamada a atrofiarse: sencillamente le falta el aire para respirar», escribía Joseph Ratzinger en “Situación actual de la fe y la teología” (*Communio*, enero-febrero 97).

Este malestar de la civilización, que viene de lejos, alcanzó un momento crítico concluida la segunda guerra mundial. La confrontación entre la Iglesia y la modernidad en Occidente generó sufrimiento y dudas entre muchos sacerdotes y fieles. En 1966, durante una conferencia en el Katholikentag de Bamberg, el teólogo Joseph Ratzinger se muestra particularmente explícito. Para ilustrar la situación de la Iglesia en el mundo contemporáneo evoca la imagen de la catedral neogótica de Nueva York, rodeada y dominada por los gigantes de acero de los rascacielos. En el pasado eran los campanarios de las catedrales que dominaban las ciudades los que remitían a lo eterno: hoy son edificios sagrados que dan la impresión de estar sometidos y perdidos en medio del mundo. La modernidad emergente menospreció a la Iglesia. Los intelectuales dejaron de entender su enseñanza. Parecía imposible superar el desacuerdo. De ahí el deseo, en especial entre los movimientos juveniles, de liberarse de determinados detalles exteriores anticuados y pasados de moda. La esencia de la vida cristiana se hizo incomprensible para muchos que terminaron cen-

trándose únicamente en esos detalles secundarios. Joseph Ratzinger ofrece como ejemplo el estilo trasnochado de algunos textos teológicos anteriores al Vaticano II, el estilo externo de la curia romana o el despliegue excesivo de boato en las recargadas liturgias pontificias. Era necesario acabar con todos esos motivos de malentendidos y de escándalos inútiles. Se hacía urgente expresar la esencia del Evangelio en un lenguaje que el hombre moderno pudiera entender.

En el Concilio Vaticano II la constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual quiso modernizar esa herencia para ponerla en valor. No obstante, llegado el momento de definir en términos actuales la relación de la Iglesia con el mundo contemporáneo, se constató que estaban vigentes muchos otros problemas además del recorte de las formas del pasado.

Si bien es legítimo hallar nuevas formas de evangelización que el mundo moderno pueda comprender y asimilar, querer reconciliarlo con la Iglesia a toda costa resultaría ingenuo y superficial, cuando no una muestra de ceguera teológica: «También en nuestro tiempo —decía Joseph Ratzinger en diciembre de 2005 durante su discurso a la curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas— la Iglesia sigue siendo un “signo de contradicción” (Lc 2, 34). No sin motivo el Papa Juan Pablo II, siendo aún cardenal, puso este título a los ejercicios espirituales que predicó en 1976 al Papa Pablo VI y a la Curia romana. El Concilio no podía tener la intención de abolir esta contradicción del Evangelio con respecto a los peligros y los errores del hombre. En cambio, no cabe duda de que quería eliminar contradicciones erróneas o superfluas, para presentar al mundo actual la exigencia del Evangelio en toda su grandeza y pureza. El paso dado por el Concilio hacia la edad moderna, que de un modo muy impreciso se ha presentado como “apertura al mundo”, pertenece en

último término al problema perenne de la relación entre la fe y la razón, que se vuelve a presentar de formas siempre nuevas».

Algunos, de hecho, basándose en la noción de encarnación, afirmaron que Dios había venido al encuentro del mundo y lo había santificado. De ahí que, en su opinión, el mundo y la Iglesia debían reconciliarse. Creyeron ingenuamente que ser cristiano se resumía en sumergirse alegremente en el mundo. Frente a este irenismo adolescente, el cardenal Ratzinger hace hincapié en que en el Nuevo Testamento la encarnación no puede entenderse si no es a la luz de la Pasión y de la resurrección. En la predicación de los apóstoles el anuncio de la resurrección, inseparable de la cruz, ocupa un lugar central. Y en ese mismo discurso afirmaba: «Pero, de todas formas, podemos decir: si para la Iglesia abrirse al mundo significa desviarse de la Cruz, ello la conduciría no a una renovación, sino a su fin. Cuando la Iglesia se vuelve hacia el mundo no puede ello significar que suprime el escándalo de la Cruz, sino únicamente que lo hace de nuevo accesible en toda su desnudez, separando los escándalos secundarios que se han introducido para esconderlo y con los que desgraciadamente la locura del egoísmo humano recubre la locura del amor de Dios, dando un falso escándalo que se refugia abusivamente detrás del escándalo del Maestro. En otros términos, la fe cristiana es un escándalo para el hombre de todos los tiempos: que el Dios eterno se preocupe de nosotros los hombres y nos conozca, que quien es inaccesible se haya hecho accesible en el hombre Jesús, que el que es inmortal haya sufrido en la cruz, que la resurrección y la vida eterna nos sean prometidas a nosotros mortales, creer esto es una pretensión irritante para el hombre moderno. El Concilio no ha podido ni ha querido suprimir este escándalo cristiano. Pero, debemos añadir, este escándalo primordial, que no puede ser suprimido sin suprimir al mismo tiempo el cristianismo, ha

estado en la historia recubierto con frecuencia por el escándalo secundario de los que predicaban la fe, escándalo que no es en modo alguno esencial al cristianismo, pero que se deja voluntariamente confundir con el escándalo primordial y gusta de tomar actitudes de mártir cuando en realidad no se es víctima más que de la propia estrechez y de la propia obstinación».

Insisto una vez más en este punto decisivo: Jesucristo es la única fuente de salvación y de gracia a través de la cruz. Es con la ofrenda de su muerte, venciendo al pecado, como nos concede la vida sobrenatural, la vida de amistad con Él que se consumará en la vida eterna. Para hallar en Jesucristo la vida de Dios que nos es dada no hay otro camino que la cruz, a la que la Iglesia llama *spes unica*, la «única esperanza»; la cruz de la que dice san Pablo: «¡Que yo nunca me gloríe más que en la cruz de nuestro señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo!» (*Ga* 6, 14). San Pablo es muy claro: en su predicación no quiere saber otra cosa que a Jesucristo, y «a este, crucificado» (*1 Co* 2, 2). Para que queden reparadas la desobediencia y la soberbia de Adán ha sido necesario que Jesús se humille, «haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y por eso Dios lo exaltó y le otorgó el nombre sobre todo nombre» (*Flp* 2, 8-9). Con estas palabras, fundamentales para el cristianismo, san Pablo explica que el triunfo de Dios nace de la cruz. La naturaleza humana, herida por el pecado de nuestros primeros padres que rechazaron la vida de Dios a cambio de complacerse a sí mismos, queda reparada por la cruz. Ha sido necesario que nuestra naturaleza, asumida por Cristo, se convierta en el instrumento de una inmolación, de una renuncia absoluta que pasa por la aceptación de la muerte en la obediencia del amor.

Por eso la orientación de la Iglesia hacia el mundo no puede significar un alejamiento de la cruz, una renuncia al escándalo de la cruz. La Iglesia procura reformarse constantemente, es de-

cir, eliminar de su vida todos los escándalos provocados por los hombres pecadores. Pero lo hace para poner aún más en valor el escándalo supremo e irremplazable, el escándalo de un Dios que sale al encuentro de la cruz por amor a los hombres. ¿A quién no le entristece la avalancha de escándalos provocados por algunos hombres de Iglesia que se está produciendo hoy? No solamente hieren el corazón de los niños, sino —lo que es aún más grave— cubren con un velo negro la cruz gloriosa de Cristo. El pecado de los cristianos impide que nuestros contemporáneos se encuentren cara a cara con la cruz. ¡Sí, hace falta una auténtica reforma en la Iglesia, que debe poner la cruz en el centro! No se trata de hacer que la Iglesia sea aceptable según los criterios del mundo. Se trata de purificarla para que ofrezca al mundo la cruz en toda su desnudez.

¿Existe, a su modo de ver, una relación entre la pérdida del sentido de Dios y la pérdida del sentido de la adoración y del absoluto divino?

La pérdida del sentido de Dios constituye la matriz de todas las crisis. La adoración es un acto de amor, de respetuosa reverencia, de abandono filial y de humildad ante la estremecedora majestad y santidad de Dios. Como Isaías, el hombre se halla delante de esa grandiosa Presencia, frente a la cual los serafines claman entre sí: «¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos! ¡Llena está toda la tierra de su gloria!» (Is 6, 3). Y nosotros exclamamos con el profeta: «¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros [...] y mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos!» (Is 6, 5).

Isaías se arrodilla ante Dios y se postra para adorarle y pedirle que lo purifique de su pecado. En efecto: ¿cómo podemos postrarnos y adorar si estamos llenos de pecados? ¿Cómo pode-

mos presentarnos ante la santidad de Dios si nos aferramos a nuestro pecado? La adoración es el principal gesto de la nobleza del hombre. Es un reconocimiento de la bondadosa cercanía de Dios y la expresión humana de la asombrosa intimidad del hombre con Él. El hombre permanece postrado, literalmente aplastado por el inmenso amor que Dios le tiene. Adorar es dejarse abrasar por el amor divino. Estamos siempre de rodillas ante el amor. Solo el Padre puede mostrarnos la manera de adorar y de presentarnos ante el amor.

Así se entiende que la liturgia sea un acto humano inspirado por Dios mediante el cual respondemos a quien nos ama y tan bondadosamente se acerca a nosotros.

Pero nos faltan adoradores. Para que el pueblo de Dios adore, es preciso que los sacerdotes y los obispos sean los primeros adoradores. Ellos están llamados a permanecer constantemente delante de Dios. Su existencia se halla destinada a convertirse en una oración incesante y perseverante, en una liturgia permanente. Son la cabeza de cordada. La adoración es un acto personal, un cara a cara con Dios que tenemos que aprender. Recordemos a Moisés, que enseñó al pueblo judío a convertirse en un pueblo de adoradores, a permanecer filialmente ante Dios. Y es Dios mismo quien nombra sacerdote a Aarón, que ejercerá el sacerdocio de Dios entre sus hijos. Los hebreos saben que deben conservar el recuerdo de la salida de Egipto en la celebración pascual: el grandioso acto de amor de Dios con Israel, su Pueblo.

Si se centran en sí mismos y en sus actividades, si se afanan por los resultados humanos de su ministerio, no es de extrañar que los obispos y los sacerdotes descuiden la adoración. No encuentran tiempo para Dios porque han perdido el sentido de Dios. Dios ya no ocupa demasiado espacio en su vida. No obstante, la primacía de Dios debería constituir el centro de nuestras

vidas, nuestras obras y nuestros pensamientos. Si el hombre se olvida de Dios, acaba magnificándose a sí mismo. Entonces se convierte en su propio dios y se sitúa en abierta oposición a Dios. Actúa como si el mundo fuera su dominio particular y exclusivo. Dios ya no tiene nada que ver con la creación, transformada en una propiedad humana de la que hay que obtener beneficios.

Con la excusa de «conservar la pureza» de lo sobrenatural, prohibimos a Dios entrar en nuestras vidas; negamos la encarnación. Negamos que Dios se manifiesta a través de las Escrituras y pretendemos purificarlas de todos los mitos que supuestamente contienen. Con la excusa de mantener su trascendencia, negamos la posibilidad de hablar de Dios por medio de la teología. Negamos la piedad, la religiosidad, lo sagrado, so pretexto de no introducir elementos humanos en nuestra relación con Dios. En *El espíritu de la liturgia*, el cardenal Ratzinger escribía: «Nuestra forma actual de sensibilidad religiosa, que ya no percibe por medio de los sentidos la presencia del Espíritu, conduce casi inevitablemente a una teología puramente “negativa” (apofática), en la que se relativiza la validez de cualquier imagen, de cualquier discurso humano acerca de Dios. Lo que pretende ser humildad en realidad enmascara un orgullo que no deja ningún espacio a la palabra de Dios y le niega toda posibilidad de entrar realmente en el mundo». A fuerza de querer «conservar la pureza» de lo sobrenatural, lo aislamos de la naturaleza y el mundo se organiza sin Dios, de un modo profano.

En *las causes internes de l'atténuation et de la disparition du sens du sacré*, Henri de Lubac comenta que «el dualismo al que nos hemos dejado arrastrar en exceso en el pasado reciente ha hecho que los hombres, cogiéndonos la palabra, descarten todo lo sobrenatural; es decir, en la práctica, todo lo sagrado [...]. Han relegado ese sobrenatural a algún rincón alejado donde no podía sino permanecer estéril. Lo han desterrado a una provincia apar-

tada que nos han cedido de buen grado, dejándolo morir poco a poco bajo nuestra custodia. Y, mientras tanto, se dedicaban a organizar el mundo, ese mundo que, para ellos, es el único real, el único vivo, el mundo de las cosas y de los hombres, el mundo de la naturaleza y el mundo de los negocios, el mundo de la cultura y el mundo de la ciudad. Lo exploraban o lo edificaban al margen de toda influencia cristiana, con un espíritu totalmente profano [...]. Debido a un trágico malentendido, nosotros nos prestamos más o menos a ese juego. Entre el movimiento que conducía al laicismo y determinada teología existía como una conspiración inconsciente; y, mientras lo sobrenatural se hallaba exiliado y proscrito, hubo entre nosotros quienes pensaban que lo sobrenatural quedaba fuera del alcance de la naturaleza, en los dominios sobre los que debía reinar».

En la raíz de esta actitud se halla una teología de inspiración protestante que pretende oponer la «fe» a la religiosidad. La actitud sagrada, el temor religioso serían elementos profanos y paganos de los que hay que despojar a la fe cristiana. Se querría hacer del cristianismo un contacto con Dios exclusivamente interior, sin una traducción concreta en la vida. El cristianismo se convierte en una gnosis. La consecuencia de esta corriente consiste en reducir todas las realidades humanas a sí mismas, a su lado profano y ajeno a Dios. Esta gnosis se transforma en «peligianismo» y en un ateísmo práctico.

¿Por qué suele decir usted tan a menudo que el servicio al prójimo solo se debe entender a través del servicio de Cristo?

El hombre herido por el pecado original se muestra con frecuencia egocéntrico, individualista y egoísta. Si está inspirado por Cristo, sirve a su prójimo; sin Cristo solo tiene en cuenta su propio interés. La madre Teresa decía que sin la in-

tensa y abrasadora presencia de Dios en nuestros corazones, sin una vida de intimidad con Jesús honda e intensa, somos demasiado pobres para ocuparnos de los pobres. Es Jesús, presente en nosotros, quien nos empuja hacia los pobres. Sin Él no podemos hacer nada. Pocas veces somos capaces de entregarnos a los demás. Los cristianos no están llamados solamente a involucrarse en actividades humanitarias. La caridad va mucho más allá. La labor de las organizaciones no gubernamentales de que he sido testigo en África o en otros lugares suele ser de utilidad; pero siempre presenta una tendencia a convertirse en un comercio en el que los intereses y la avaricia se mezclan con la generosidad.

La verdadera caridad es gratuita. No espera nada a cambio. La verdadera gratuidad procede de Aquel que gratuitamente ha dado su vida por nosotros. La caridad participa del amor del corazón de Jesús por los hombres. Sin Cristo la caridad es una mascarada. Cuando las hermanas de la madre Teresa llegan a un país no piden nada. No desean otra cosa que servir en las barriadas más oscuras humildemente y con una sonrisa después de haber contemplado mucho rato al Señor. Lo único que quieren es un sacerdote que les celebre misa a diario en sus casas. Son mujeres que saben que les sería imposible ejercer la caridad sin la ayuda del Hijo de Dios, porque la fuente del Amor es Dios. Nuestro modelo es Cristo, el mismo que dijo: «El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir» (Mt 20, 28). Solo en Él y por Él somos capaces de cualquier servicio. Como dice san Pablo, «recordamos ante nuestro Dios y Padre vuestra fe operativa, vuestra caridad esforzada y vuestra constante esperanza en nuestro Señor Jesucristo» (1 Ts 1, 3).

Estoy convencido de que las organizaciones caritativas católicas no pueden ser una ONG más: son la expresión de una fe

radiante en Jesucristo. Todos los grandes santos que han servido a los pobres basaron su labor caritativa en el amor a Dios.

Las palabras pronunciadas por Francisco a este respecto durante la homilía del 14 de marzo de 2013 en la Capilla Sixtina son particularmente elocuentes: «Podemos caminar cuanto queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, algo no funciona. Acabaremos siendo una ONG asistencial, pero no la Iglesia, Esposa del Señor. Cuando no se camina, se está parado. ¿Qué ocurre cuando no se edifica sobre piedras? Sucede lo que ocurre a los niños en la playa cuando construyen castillos de arena. Todo se viene abajo. No es consistente».

¿Tiene usted la sensación de que hoy en día el acto de fe está puesto únicamente al servicio del desarrollo humano?

Sí, con demasiada frecuencia trabajamos exclusivamente al servicio del bienestar humano. No obstante, el desarrollo económico, la salud, la calidad de vida son cosas importantes e indispensables. La acogida de los refugiados que lo han perdido todo después de largos viajes agotadores es una medida humanitaria y solidaria. Acudir en ayuda material de un necesitado representa un acto fraternal de inmenso valor: cuando cuidamos de un hombre maltratado, cuidamos del propio Cristo.

Así nos lo recuerda san Juan Crisóstomo con vehemencia. Él denunció a un tiempo los males sociales, el lujo y la codicia. Recordó la dignidad del hombre, por pobre que fuese, y los límites de la propiedad. Sus palabras son un azote: «Las mulas pasean fortunas y Cristo se muere de hambre delante de tu puerta». Descubre a Cristo en el pobre y le hace decir: «Podría alimentarme yo mismo, pero prefiero errar mendigando, tender

la mano ante tu puerta, para que tú me alimentes. Por amor a ti es por lo que obro así». Denuncia la esclavitud y la alienación que conlleva: «Lo que voy a decir es terrible, pero he de decirlo: poned a Dios al mismo nivel que a vuestros esclavos. Si vosotros concedéis en testamento la libertad a vuestros esclavos, liberad a Cristo del hambre, de la necesidad, de la cárcel, de la desnudez. ¡Ah, os estremecéis!».

¿Cómo alimentamos nuestro amor al Hijo de Dios? ¿Cuáles son las señales de nuestro amor? Los pobres a quienes servimos tienen que saber en nombre de quién los amamos. Los pobres tienen que conocer el origen de nuestra generosidad. Amamos porque amamos a Cristo. Amamos porque hemos sido amados por Aquel que es amor y entregó a su Hijo a la muerte.

Dios actúa a través de nuestras pobres personas. Sin amor a Dios, la generosidad es un acto árido. Hablar a un pobre de Dios no es hacer proselitismo.

Por eso Benedicto XVI dejó escrito en *Deus caritas est*: «La caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable solo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y sabe [...]

que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios».

¿Cree usted que el hombre no debe reducir a Dios a sus pequeños deseos?

Aunque lo quisiera, el hombre nunca logrará reducir a Dios. Lo que debe hacer es amar, escuchar, adorar a Dios y seguir a Cristo. En nuestra civilización materialista el hombre piensa casi exclusivamente en sus propios y limitados intereses. Ve a Dios como Aquel que debería aportarle lo que no puede obtener del consumo. Utiliza a Dios para satisfacer sus demandas egoístas. Y, si no responde, le abandona. Algunos llegan incluso a maldecir su santo nombre. Entonces la religión que debe unir el cielo con la tierra corre el peligro de convertirse en un espacio puramente narcisista. Algunas sectas evangélicas son maestras en este negocio. Se convierte a Dios en un ídolo pagano que debe garantizar la salud, la felicidad, la prosperidad, y satisfacer todos los caprichos del hombre. Se le piden milagros y Él debería derramarlos al instante sobre nosotros. Así es como las sectas ridiculizan a Dios y se burlan de los crédulos que carecen de conocimientos y de fe.

No pretendo condenar las peticiones que los hombres puedan hacer implorando una ayuda divina. Los hermosos exvotos de las capillas, las iglesias y las catedrales demuestran hasta qué punto ha intervenido Dios en ayuda de los hombres. Pero el fundamento de la oración de petición es la confianza en la voluntad de Dios: lo demás se nos dará por añadidura. Si amamos a Dios, si estamos atentos a cumplir gozosamente su santa voluntad, si lo que deseamos por encima de todo es su luz —es decir, la ley de Dios en lo más profundo de nuestras entrañas

para que ilumine nuestra vida (cfr. *Sal* 40, 9 y *Hb* 10, 5-9)—, Él, obviamente, acudirá en nuestra ayuda en las dificultades.

La religión no es el mercado de la oferta y la demanda. No es un comfortable capullo. La base del cristianismo descansa sobre el amor de un Dios que no abandona a sus hijos. No se trata de pedir, sino de esperar y de confiar en un Dios cuyo amor es inagotable y que derrama sobre nosotros su misericordia, liberando a nuestra conciencia de lo que le pesa y concediéndonos más de lo que nos atrevemos a pedir (cfr. Oración colecta del domingo XXVII del tiempo ordinario). Dios es nuestro Padre. Nosotros somos hijos suyos. El cristianismo invita a recuperar el espíritu de infancia. Nuestra religión es un impulso del Hijo hacia el Padre y del Padre hacia el Hijo. Sencillez, confianza, abandono en las manos de Dios: ese es nuestro camino hacia Dios. La vida cristiana es un entramado de caridad.

¿Hemos perdido el sentido de la trascendencia de Dios?

En la fe católica la trascendencia queda expresada y simbolizada en el altar. ¿Qué significa el altar? Romano Guardini lo explica maravillosamente en su libro *Preparamos la Eucaristía*: «Podemos expresar su significado con dos imágenes: es el umbral y la mesa. El umbral es la puerta y significa dos cosas: frontera y paso; dice dónde termina una cosa y dónde comienza algo nuevo. Hasta él llega el primer espacio y entonces comienza el segundo. La frontera que marca el final del espacio antiguo es la misma que permite el paso hacia el nuevo. Como umbral, el altar constituye, primero, una frontera, aquella por antonomasia entre el espacio del mundo y el espacio de Dios, entre la accesibilidad del ámbito humano y la inaccesibilidad de Dios. El altar nos hace conscientes del desprendimiento en el que Dios vive y que le permite no ser afectado por las cosas del mundo; se podría decir que

este se da “al otro lado del altar”, como la distancia infinita de Dios, o que está “sobre el altar”, como la cima de Dios. Estas dos frases no deben ser entendidas en el sentido inmediato, físico-espacial, sino en sentido espiritual; se refieren a que Dios es incomprendible, se sustrae a todo devenir, a toda aprensión y a todo esfuerzo; es el Todopoderoso y lleno de gloria, desprendido con respecto a todo lo terreno. Lo que da un fundamento a su distancia y a su altura no son medidas humanas, sino la esencia misma de Dios, su santidad, a la cual no tenemos acceso desde lo humano. Pero esto no puede ser, con todo, entendido como algo “puramente intelectual”, en el sentido de que se adecua al pensamiento. En la liturgia todo es un símbolo [...]. El altar no es una alegoría, sino un símbolo». El fiel, en efecto, no descubre en el altar el umbral de la Trascendencia y la frontera con el más allá movido por el hábito convencional de ver las cosas de ese modo: en cierto modo, contempla realmente ese umbral y esa frontera. Por eso no se sienta mientras el sacerdote que celebra está «al otro lado del altar», como ocupando el lugar de Dios. Al hacerlo así, actúa como una pantalla que oculta la Trascendencia de Dios. Es un velo que oculta la majestad de Dios. En lugar de contemplar a Dios, los fieles contemplan al sacerdote; y este, con sus movimientos, con sus gestos y sus palabras, nubla el Misterio, oculta la Trascendencia divina.

«Solo se requiere de disposición interna y de un juicio sereno, para que podamos percibir realmente el misterio y responder a él con devoción. Cuando el momento es muy vívido, podemos incluso experimentar algo de lo que vivió Moisés cuando en la soledad del monte Horeb pastoreaba su rebaño y de pronto «se le apareció el ángel de Yahvé en llama de fuego, en medio de una zarza. Moisés vio que la zarza ardía, no se consumía». Entonces se acercó, pero la voz de Dios le llamó de en medio de la zarza:

“Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar que pisas es suelo sagrado” (Ex 3, 1-5)».

¿Entendemos realmente lo que representa el altar? ¿Es consciente el sacerdote que sube a él de que está delante de la zarza ardiente, delante de la majestad y la trascendencia divinas? ¿Se da cuenta de que toda la civilización cristiana brota del altar como de una fuente? El altar es el corazón de nuestras ciudades. Nuestros pueblos se han construido literalmente alrededor del altar, apiñados en torno a la iglesia que los protege. La pérdida del sentido de la grandeza de Dios es una regresión terrible al estado salvaje. El sentido de lo sagrado constituye, de hecho, el núcleo de cualquier civilización humana. La presencia de una realidad sagrada genera sentimientos de respeto, gestos de reverencia. Los ritos religiosos son la matriz de todas las actitudes de urbanidad y cortesía humanas. Si todo hombre es respetable, es fundamentalmente porque ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios. La dignidad del hombre es un eco de la trascendencia de Dios. Pero si el temor gozoso y reverente ante la grandeza de Dios ya no nos hace temblar, ¿cómo vamos a considerar al hombre un misterio digno de respeto? Ya no tiene esa nobleza divina. Se convierte en una mercancía, en un objeto de laboratorio. Sin el sentido de la adoración a Dios, las relaciones humanas se tiñen de vulgaridad y de agresividad. Cuanta más deferencia mostremos ante Dios en el altar, más delicados y corteses seremos con nuestros hermanos.

Si accedemos a reconocer la trascendencia de Dios, recobramos el sentido de la grandeza humana. El hombre solo es grande y solo alcanza su mayor nobleza cuando se arrodilla ante Dios. El hombre grande es humilde y el hombre humilde se arrodilla. Si, como Jesús, nos humillamos delante de Dios, si nos hacemos obedientes hasta la muerte, Él nos exaltará y nos otorgará un nombre que está sobre todo nombre (*Flp 2, 8-9*).

Delante de la majestad y de la santidad de Dios no nos arrodillamos como esclavos, sino como amantes acompañados de serafines, deslumbrados por el resplandor de Dios que llena con su Presencia silenciosa el templo de nuestro corazón. Dios está por encima de nosotros no para arrollarnos, sino para engrandecernos. La trascendencia de Dios es una llamada a la trascendencia del hombre. Porque el misterio de Dios y el del hombre están íntimamente unidos.

En el libro que acabamos de citar escribía Romano Guardini: «Para el hombre es muy importante experimentar alguna vez el temor de Dios y el ser rechazado del lugar sagrado, para que sea consciente en su interior de que Dios es Dios y él es hombre. La confianza en Dios, la cercanía a Él y la protección en Él siguen siendo débiles si nos faltan el reconocimiento de la majestad que nos rechaza y el temor de la santidad de Dios. Hacemos bien al pedirle a Dios por una experiencia de este tipo. Y precisamente ante el altar es el lugar donde nos podría ser concedida. Y el lugar donde nos podría ser concedida es precisamente ante el altar».

En Roma, sobre la puerta de la iglesia Santa María in Campitelli, hay una inscripción que nos recuerda con qué actitud del alma debemos entrar en un lugar sagrado. Allí, escritas en negro sobre un fondo dorado, se pueden leer estas palabras del salmista: *Introibo in domum tuam domine. Adorabo in templum sanctum tuum in timore tuo*: «Entraré en tu casa, me postraré en tu templo santo, en tu temor». Creo que todos deberíamos recordar estas palabras cuando entráramos en una iglesia. Y en especial los sacerdotes deberían llevarlas en el corazón al subir al altar: deberían recordar que en el altar se encuentran cara a Dios. En misa el sacerdote no es un profesor que dicta su lección empleando el altar como una tribuna cuyo eje central es el micrófono, y no la cruz. El altar es el lugar sagrado por excelencia, el espacio del cara a cara con Dios.

¿Cuál es la respuesta a la tentación de pasarse al mundo?

A veces tenemos la sensación de estar adheridos a algo pegajoso que nos impide contemplar las realidades del cielo. Algo así como las arenas movedizas. ¿Cómo podemos despegarnos del mundo? ¿Cómo despegarnos del ruido? ¿Cómo despegarnos de esa noche oscura que nos oprime y obstaculiza nuestro camino al cielo; que nos embrutece y nos hace olvidar lo esencial. Dios nos ha creado para estar y vivir junto a Él. Dios, que lo ha querido todo, no ha creado la naturaleza para sí misma. Dios no nos ha creado para una perfección exclusivamente natural. Dios tiene pensado un fin infinitamente superior a la perfección de la mera naturaleza: el orden sobrenatural, el don de puro amor que llamamos gracia y que nos hace partícipes de su propia naturaleza de Dios; la transmisión de su propia vida que nos convierte en sus hijos, capaces de conocerlo y amarlo en toda su intimidad, como Él se conoce y se ama a sí mismo. Hemos sido creados para despegarnos del mundo y vivir plenamente de la propia vida de Dios. Hemos sido creados para conocer y amar a Dios en su plena realidad de Dios. Por sí mismo el hombre es absolutamente incapaz de esa vida sobrenatural de la que lo separa un abismo infinito y que es un don gratuito de Dios. Pero estamos hechos para vivir con Dios y alcanzar nuestra perfección en Dios. Cuando Cristo explica a los hombres cuál debe ser su meta, no les dice: «Sed plena y perfectamente hombres, desarrollaos hasta la perfección de vuestra naturaleza humana», sino: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto», es decir, la perfección de Dios.

Aunque Dios nos ha creado para darnos su propia vida, no nos la da a pesar nuestro. Debemos responder a su don de amor con un don libre de amor. Nos toca a nosotros aceptar

libremente el don que Dios nos ha hecho de su propia vida. De ahí la terrible capacidad del hombre de negarse a darse, de menospreciar el don de amor infinito de Dios. Esa negativa, ese menosprecio es el pecado. El pecado nos priva de la vida de Dios. Nos encadena y nos pega a las cosas de la tierra. A *contrario*, por medio de la oración, de un contacto personal y real con Dios, podemos despegarnos del mundo.

Curiosamente, mientras que Dios nos invita a una felicidad sin orillas y sin fin en Él, nosotros nos dejamos fascinar por una felicidad limitada y superficial. La ciencia y la tecnología nos hipnotizan hasta el punto de hacernos obrar como si no hubiera nada más allá de la materia. Sabemos que cuanto hay en la tierra es perecedero y, sin embargo, seguimos prefiriendo lo fugaz a lo eterno. Hay que decirlo a tiempo y a destiempo: solo Dios guarda proporción con nuestro corazón. Solo Él puede aportarnos la plenitud a la que aspiramos.

Los cristianos deben explicar constantemente a los hombres a qué felicidad están llamados. Tienen la obligación de decirle al mundo que los éxitos tecnológicos no son nada al lado del amor de Dios. El hombre es portador de la imagen de Dios y su alma es inmortal. ¿Cómo podemos hacer caso omiso de esa huella de Dios en nosotros? ¿Por qué el hombre solo fija su mirada en la tierra? Inclinado como un esclavo de este mundo, ya no levanta la cabeza. No obstante, la tierra solo es una puerta al cielo. No estoy invitando a descuidar las realidades terrenales. Este mundo ha sido querido por Dios, amado por Dios y moldeado con ternura por el corazón de Dios. Hemos de respetarlo y amarlo apasionadamente. Pero algún día lo abandonaremos. Nuestra patria eterna es el cielo. Nuestra patria y nuestra auténtica morada están en Dios.

No cabe duda de que la pérdida del sentido de la salvación en Dios es un distintivo de nuestro tiempo.

El hombre ha dejado de sentirse en peligro. Son muchos en la Iglesia los que ya no se atreven a enseñar la realidad de la salvación y de la vida eterna. En las homilías existe un extraño silencio en torno a las postrimerías. Se evita hablar del pecado original: es algo que suena arcaico. El sentido del pecado parece haber desaparecido. El bien y el mal ya no existen. Esa lejía tan sumamente eficaz que es el relativismo ha arrasado con todo. La confusión doctrinal y moral está exacerbada. El mal es el bien y el bien es el mal. El hombre ya no siente la necesidad de ser salvado. La pérdida del sentido de la salvación es la consecuencia de la pérdida de la trascendencia de Dios.

No parece preocuparnos lo que nos ocurrirá cuando hayamos dejado este mundo. Y preferimos pensar que el demonio no existe. Algunos obispos han llegado a afirmar que no es más que una imagen simbólica. ¿Así que Jesús estaba mintiendo cuando aseguró que es muy real, que Él mismo fue tentado por el demonio, el Príncipe de este mundo?

Henri de Lubac tenía razón cuando en su *Diálogo sobre el Vaticano II* escribía que «se puede utilizar [la palabra «modernidad»] como vector de una cierta actitud general adoptada por un buen número de intelectuales, bajo el impacto de las extraordinarias conquistas de la ciencia moderna y de las no menos profundas desilusiones en que han venido a resolverse los grandes sueños del progreso y de la autodeificación del hombre. En este caso podría decirse que el origen primero de la «modernidad», su espíritu profundo [...] es el rechazo de toda fe, consecuencia del rechazo del misterio humano. Esta modernidad rechaza el misterio. Podrá saber siempre más, *explicar* cada vez más cosas, pero ya no *comprenderá* realmente

nada, porque ha cerrado las puertas al misterio». Según el teólogo, los presupuestos de la modernidad «son siempre los mismos, aunque no siempre aparezcan desde el principio: lo que se dice en la Biblia y en la tradición común no explicaría, en el fondo, la fe en un Dios trascendente que interviene en nuestro mundo, sino el descubrimiento del Hombre. Los misterios cristianos no serían otra cosa que ropaje simbólico, pura superstición, hasta que no se penetre su sentido, que aquellos misterios traducen para los espíritus débiles. Este es el más sutil y el más profundo ateísmo, todo lo contrario de la actitud de humildad que exige la lógica de la Encarnación y, ante todo, un sano realismo. San Agustín no se cansaba de repetirlo: hace falta una actitud humilde para entrar en el misterio de la Encarnación del Verbo».

A veces nuestro orgullo de hombres modernos nos conduce a una ceguera ridícula. Sí, es algo grande y hermoso temblar por nuestra salvación, aunque no por un miedo patológico a un dios terrible que condena por placer a diestro y siniestro. Pero ¿cómo puede salvarnos Dios si no tenemos la humildad radical de recibir la salvación como una gracia gratuita? ¿Nos vamos a plantar ante Dios haciendo valer nuestros derechos? ¿No hay una necesidad imperiosa de recibir los misterios de la fe y de la salvación con el corazón de un pobre? La riqueza de las sociedades modernas ya no nos enseña a recibir gratuitamente. Es una desgracia. Somos como niños mimados que no saben alegrarse cuando sus padres les regalan algo. Se quejan de no tener suficiente. Son pequeños, pero tienen la amargura y la tristeza de ancianos seniles. Ante Dios somos en esencia niños, pobres, mendigos que necesitan recibirlo todo. ¡Sí, temblemos por nuestra salvación! No porque temamos a Dios, sino porque calibramos nuestra pequeñez al lado del don que Él nos hace. Se puede temblar con confianza y amor. Ese senti-

miento tiene un nombre: el santo temor de Dios, que es un don del Espíritu Santo. Sí, hemos de temer, por amor, no saber abandonarnos a su misericordia.

¿Se puede decir que vivimos una época de confusión voluntaria entre lo natural y lo sobrenatural?

¿Los sacerdotes se ocupan de Cristo y de la evangelización del mundo; o más bien del bienestar terrenal de los hombres? Lo natural parece haber absorbido y devorado lo sobrenatural. El desierto de lo natural se ha tragado lo sobrenatural. Nos hemos vuelto sordos, autistas y ciegos para las cosas de Dios. Olvidamos que el cielo existe. Ya no vemos el cielo ni vemos tampoco a Dios. El hombre está hechizado por lo palpable.

El mundo occidental ya no tiene experiencia de lo sobrenatural. Debemos volver a tejer nuestros vínculos con el cielo. Se han cerrado los ojos del hombre, que no sabe mirar la hondura del abismo. El lenguaje sobrenatural se ha convertido en algo hermético para él. Se ha acostumbrado a explicarlo todo, a comprenderlo todo, a demostrarlo todo. Sin embargo, el conocimiento de las cosas divinas se basará siempre en el misterio y en la relación con Aquel que nos ha revelado el Padre, el Hijo eterno hecho hombre. Para entender el lenguaje de Dios tenemos que dejarle hablar a través del Evangelio y de la liturgia. Nuestro orgullo se niega a dejar que Dios se exprese con palabras humanas. No podemos aceptar que Dios se haga cercano hasta el punto de ser un niño. No somos capaces de asumir que Dios quiera servirse de la Iglesia para entregarse a través de los sacramentos. Así lo decía ya Louis Bouyer en su obra *Le Métier de théologien*: «Es la culminación de una tendencia estigmatizada por Péguy cuando hablaba de quienes quieren conservar las manos tan puras que acaban por no tener manos. Se quiere un

cristianismo tan purificado de sus elementos meramente humanos que el elemento divino, no teniendo sobre qué basarse ni por medio de qué expresarse, termina totalmente eliminado». Para este gran teólogo del Concilio Vaticano II, «la falsa gnosis que cree trascender tanto la palabra de Dios como el mito, en realidad reduce esa palabra a un mito completamente encerrado en sí mismo. El hombre cree afirmarse él solo y divinizarse a pulso y sin recurrir a Dios, sin acoger la gracia, y se convierte en esclavo del poder demoniaco, del poder de Satanás».

Lo que dice Henri de Lubac en *Paradojas* cuando intenta identificar la negación fundamental sobre la que se ha construido la modernidad no difiere mucho de esto último: «No queremos un Dios misterioso. Tampoco queremos un Dios que sea Alguien. ¡Mejor no ser uno mismo alguien que encontrar a ese Alguien! La sumisión total del espíritu a la Revelación es una sumisión fecunda porque es sumisión al misterio. Pero la sumisión total del espíritu a cualquier sistema humano es una sumisión esterilizante».

¿La conversión consiste en una ruptura radical con el mundo?

El planteamiento que nos ofrece san Juan a este respecto es muy claro: «Os escribo a vosotros, hijos, porque por su nombre se os han perdonado los pecados. Os escribo a vosotros, padres, porque habéis conocido al que existe desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al Maligno [...]. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo» (1 Jn 2, 12-15).

¿Cuál es ese mundo que no debemos amar? En mi homilía de la peregrinación a Chartres del 21 de mayo de 2018 quise contestar a esta pregunta: «El mundo que no debemos amar y

al que no nos debemos amoldar no es —lo sabemos bien— el mundo creado y amado por Dios; no son las personas que hay en el mundo a cuyo encuentro hemos de salir siempre, especialmente los pobres y los más pobres de entre los pobres, para amarlos y servirlos humildemente [...]. ¡No! El mundo que no debemos amar es otro mundo. Es el mundo tal y como ha pasado a ser bajo el dominio de Satanás y del pecado. El mundo de las ideologías que niegan la naturaleza humana y destruyen la familia [...]. Las estructuras de la ONU, que imponen una nueva ética mundial, juegan un papel decisivo y se han convertido hoy en un poder abrumador que se propaga a través de las ondas gracias a las posibilidades ilimitadas de la tecnología. Hoy en muchos países occidentales negarse a someterse a esas terribles ideologías constituye un delito. Eso es lo que llamamos la adaptación al espíritu de los tiempos, el conformismo. Un gran poeta y creyente británico del siglo pasado, T. S. Eliot, escribió tres versos que dicen más que libros enteros: “En un mundo de fugitivos, el que tome la dirección contraria pasará por desertor”. Queridos jóvenes cristianos, si a un anciano —como lo era san Juan— le está permitido dirigirse claramente a vosotros, también yo os exhorto y os digo: ¡habéis vencido al Maligno! Combatid toda ley *contra natura* que quieran imponeros, rechazad cualquier ley contraria a la vida, a la familia. ¡Sed de los que toman la dirección contraria! ¡Atreveos a ir contracorriente! Para los cristianos la dirección contraria no es un lugar, sino una Persona: es Jesucristo, nuestro Amigo y nuestro Redentor. A vosotros se os confía una tarea en particular: salvar al amor humano de la trágica deriva en la que ha caído; un amor que ya no consiste en la entrega de uno mismo, sino únicamente en la posesión del otro: una posesión con frecuencia violenta, tiránica. En la Cruz, Dios se hizo hombre y se reveló como “agapé”, es decir, como el amor que se entrega hasta la muerte. Amar de

verdad es morir por el otro. ¡Como ese joven gendarme, el coronel Arnaud Beltrame!».

Hay una necesidad y una urgencia de conversión. Hay una necesidad y una urgencia de cambiar de dirección.

La conversión es un compromiso personal, pero no puede llevarse a cabo sin la ayuda de Dios y de su gracia. Etimológicamente, convertirse es darse la vuelta y mirar en una nueva dirección.

El camino al que nos comprometemos no es un lugar. Es una persona. Es Jesucristo, Salvador nuestro y Dios nuestro. Nos salimos del mal camino, del camino del error, para encontrar el amor. La conversión de san Pablo camino de Damasco muestra claramente el sentido de una ruptura auténticamente enraizada en Cristo.

La conversión es una ruptura con el pasado. Tomamos la dirección de Cristo.

Sí, la crisis de fe está inscrita en una sociedad secularizada, separada de Dios y de las realidades sobrenaturales. Juan Pablo II denunció una y otra vez la apostasía del mundo occidental y el inmenso riesgo de que este paganice al resto de naciones y culturas del mundo gracias a su poder mediático y a su capacidad de corrupción económica.

Pero la Iglesia tiene una responsabilidad que le es propia. Los sacerdotes están llamados a alimentar y fortalecer la fe del pueblo. ¿Quién puede esperar que esta crisis no extienda su imperio cuando constatamos que la fe de los sacerdotes languidece? La crisis de fe es profunda, grave y antigua.